

mucho mas peso de lo que en San Petersburgo se habia calculado juzgando por el tono de su correspondencia amistosa. Por lo pronto se tomó dos meses de tiempo para con testar, y en 13 de noviembre envió á la emperatriz un contra proyecto, en el cual se declaró conforme con todas las proposiciones de Catalina II respecto de la ciudad y territorio de Ochakoff, de la Dacia y del imperio griego; pero pidió para sí, en atencion á los muchos peligros y sacrificios á que se exponia, la Valaquia Menor hasta el Aluta; para la seguridad de la Hungria las dos orillas del Danubio en zonas de unos 25 kilómetros de ancho desde Nicópolis arriba con las plazas fuertes de Vidin, Orsova y Belgrado; además desde esta última plaza todo el territorio comprendido dentro de la línea mas corta tirada hasta el golfo del Drina, y finalmente todo el territorio de Venecia ribereño del Mar Adriático con la Istria y la Dalmacia, por cuyos países se indemnizaría á los venecianos superabundantemente con la Morea y las islas de Candia y de Chipre.

Contra esta última exigencia objetó la emperatriz en su carta del 4 de enero de 1783 que no convenia despojar á Venecia, pues que cabalmente se necesitaba su auxilio, ni por otra parte era tampoco conveniente despojar ni debilitar el nuevo imperio griego. Esta contestacion disgustó mucho al emperador, tanto que escribió en 2 de febrero del mismo año al príncipe de Kaunitz: «Se ve claramente que la emperatriz se burla de mí; pero no soy pez que traga tan fácilmente el anzuelo, como verá en mi carta.» Efectivamente el borrador de esta carta usaba un lenguaje tan acerado, que el canciller temió una ruptura completa si semejante documento llegaba á su destino, y así lo dió á entender al emperador, el cual se convenció y redactó otra en términos mas suaves, pero nada equívocos. La emperatriz entretanto decretó en 8 de abril de 1783 la incorporacion de la Crimea al imperio ruso, y en vista de la estrecha alianza existente entre la Rusia y el Austria no quiso la Puerta declarar la guerra. El emperador felicitó á la emperatriz por su adquisicion, reservándose el derecho de pedir una compensacion, y en 13 de mayo de 1784 le comunicó un plan que, segun decia, «le habia ocurrido desde el primer instante de sus relaciones políticas afortunadas y, mas que diplomáticas, personales con ella. Este plan cuanto mas lo meditaba, le parecia cada vez mas propio para hacer perdurable la alianza entre los dos Estados, y para inmortalizar á sus autores.» Consistia en la renuncia del Austria á la Bélgica, en cambio de las preciosas adquisiciones de la Baviera, del Palatinado Alto, de Salzburgo y de Berchtesgaden, que haria apoyada por su aliada la Rusia, segura de ahogar toda oposicion y vencer toda resistencia.

En el mes de agosto del mismo año encargó á su embajador en Munich, conde de Lehrbach, que negociara sobre el asunto de Baviera con el príncipe elector Carlos Teodoro y sus consejeros Kreittmayr y Stubenrauch; pero antes de que hubiera obtenido allí una contestacion definitiva, ni mucho menos un compromiso de arreglo, buscó un pretexto para reñir con la Holanda, no como asunto independiente, sino para que esta contienda sirviera para intimidar á la Francia con la perspectiva de una guerra y para arrancar á la corte de Versalles su aquiescencia al trueque proyectado de dar la Bélgica al príncipe elector de Baviera en cambio de su electorado.

El cierre del Escalda que imposibilitaba el comercio de Amberes á favor del de Amsterdam era tan anómalo é inaguantable para los Países Bajos, antes españoles y entonces austriacos, como el derecho de guarnicion que tenia la Holanda en las fortalezas belgas del lado de la Francia, sin que de nada sirviesen á estas plazas en caso de guerra.

Ambas servidumbres se apoyaban en tratados internacionales europeos, pero desde mucho tiempo habian desaparecido ya las circunstancias que las habian hecho necesarias, sin que por lo demás hubiesen favorecido nunca á los intereses generales que las habian motivado; y solo las aprovechaba la república de mercaderes de las Provincias Unidas de Holanda. Era pues obligacion moral de todo soberano de la Bélgica librar á este país hermoso, que gemia y se consumia bajo tan insoportable presion, de las cadenas que le ligaban. Mas no fué el interés de este país, sino que fueron proyectos muy distintos los que indujeron al emperador José á entrar en tratos con la Holanda, precipitándolos, apenas empezados, con un *ultimatum* muy semejante á una declaracion de guerra. Entregó este *ultimatum* á nombre suyo el conde de Belgiojoso en 23 de agosto de 1784 y en él pedia José II que se abriera al comercio y á la navegacion libres sin reserva alguna el rio Escalda; que los súbditos del emperador tuviesen completa libertad de hacer desde todos sus puertos comercio con ambas Indias; que el emperador pudiese fijar los aranceles de exportacion é importacion en Flandes á su gusto; y finalmente que se fijasen los límites de este país con arreglo al convenio de 1664, es decir que los holandeses evacuaran los fuertes de Lillo, Liefkenhoek, Kruyschants y Federico-Enrique.

En la esperanza de que las Provincias Unidas se apresurarian á acceder á sus reclamaciones, el emperador consideraba desde luego la navegacion y el comercio del Escalda definitivamente libres; y en su consecuencia anunciaba que estaba resuelto á restablecer esta navegacion, y á mirar todo insulto hecho á su bandera, como una declaracion de guerra y un rompimiento formal de hostilidades.

Esta comunicacion no intimidó á los Estados Generales que veian en la apertura del Escalda la ruina de todo su comercio y rechazaron en absoluto las exigencias del emperador. José II entonces resolvió quebrantar el bloqueo del rio á la fuerza, y con este fin ordenó que se enviasen dos buques, uno rio arriba y otro rio abajo. Por la tarde del 6 de octubre de 1784 zarpó del puerto de Amberes el bergantin *Louis*, mandado por el capitán Iseghem, y pasó por la mañana del día 8 sin percance por delante del fuerte de Lillo; pero al llegar cerca de Saftingen fué atacado por una balandra holandesa que le envió una verdadera lluvia de balas, obligándole á rendirse. El capitán dejó el buque en poder de los holandeses que por lo demás lo dejaron marchar á los pocos dias y regresó solo á Bruselas.

El otro bergantin imperial, que habia zarpado de Ostende, fué detenido en 15 de octubre en la desembocadura del Escalda cerca de Flissingen por la escuadrilla del vicealmirante Reynst.

En vista de esto el emperador retiró su embajador del Haya, baron de Reischach, el cual salió de la capital holandesa sin despedirse; y al propio tiempo ordenó la concentracion de 50,000 á 60,000 hombres en Flandes. Además pidió á los Estados Generales de estas provincias fondos para la guerra, y autorizó al lugarteniente á dar patentes de corso contra los buques holandeses. La Holanda tambien activó sus armamentos reuniendo todas sus fuerzas, mientras el emperador no pensaba siquiera en verse precisado á hacer la guerra, porque contaba que las Provincias Unidas cederian tan pronto como se hubiesen convencido de su impotencia.

Desde el primer momento solicitó José II la ayuda de la emperatriz de Rusia, la cual le aseguró que tomaba gran parte en su justa indignacion por el ultraje que se habia hecho á su bandera, y le escribió en 20 de noviembre (estilo antiguo): «Esa república estuvo mal aconsejada cuando se

dejó inducir á desafiar la indignacion de V. M. Las resoluciones generosas que V. M. se ha dignado confiarme son dignas de su gran corazon y de sus sentimientos humanitarios. Accediendo á su deseo he mandado á mi ministro en el Haya que presente á los Estados Generales una nota invitándole á meditar sobre lo que van á hacer, y espero confiadamente que este paso tendrá buen resultado.»

En efecto, presentó Kalicheff la citada nota en 10 de diciembre, en la cual invitaba la emperatriz al gobierno de Holanda á entenderse con el emperador amistosamente, indicando al propio tiempo las consecuencias funestas que podria tener la continuacion de las disensiones. Este lenguaje indicaba claramente que el gobierno ruso pensaba en todo menos en proceder activamente; y el emperador José escribió á su hermano: «La declaracion rusa en Holanda es muy benigna; á juzgar por todo cuanto ha dicho y dice, podria haberse esperado mas.» Tan poca importancia se dió en Holanda á la nota rusa que la *Gaceta de Leiden* dijo que la Rusia tenia evidentemente pocas ganas de mezclarse en este asunto.

Este fué el primer desengaño que recibió el emperador. El segundo se le preparó la corte de Versalles.

El gobierno de Francia estaba ocupado desde algun tiempo en negociaciones de una alianza defensiva con Holanda; es decir, que el emperador habia escogido una época nada favorable á sus intenciones para su disputa sobre el Escalda.

En 4 de noviembre de 1784 el ministro Vergennes, cuya opinion respecto de José II ya conocemos, escribió un dictámen destinado á su soberano, en el cual decia: «Si el título de derecho, que autoriza á los holandeses á cerrar el Escalda, ha caducado, tampoco tiene valor el que garantiza á la Francia la posesion de la Alsacia, y podrá declararse caducado igualmente tan luego como se presente la ocasion y haya medios de sostenerlo. Leyendo con atencion los documentos que el gobierno de Bruselas ha publicado en el curso de este asunto, es imposible desconocer que se trata de reemplazar las obligaciones mas sagradas con la arbitrariedad. Si este sistema encuentra aceptacion en algunos hechos, puede prepararse la Europa á desgracias sin fin.» Al final añadia el ministro: «No nos engañemos; la corte de Viena, lo mismo cuando ha sido amiga que cuando ha sido enemiga nuestra, ha tenido siempre celos de la influencia é importancia de la Francia. Este es uno de sus principios tradicionales que no ha abjurado todavia. Por esta razon no es improbable de ningun modo que todo cuanto pasa en este asunto no tenga mas objeto que buscarnos compromisos y dar una estocada al corazon de la Holanda. Si la Francia en semejante situacion se prestara, no digo á favorecer, sino solo á ignorar las intenciones del emperador, tendríamos que conformarnos con mirar como nulo todo cuanto se ha hecho para llegar á una alianza con la Holanda, cuyas condiciones han sido todas aprobadas por V. M., y fáciles son de prever las consecuencias de un cambio tan chocante» (1).

Segun el deseo de Vergennes fueron invitados todos los ministros á dar su dictámen sobre el asunto en 11 de setiembre de 1784, y todos á saber: Soubise, Ossun, Castries, Calonne, Segur y Breteuil, contestaron unánimemente pidiendo que el rey se opusiera con decision al insulto hecho á Holanda. El dictámen que mas impresionó al consejo, fué el del ministro de hacienda Calonne, que hablando

(1) Este dictámen se encuentra en toda su extension en la obra de TRATCHEVSKY, *La France et l'Allemagne sous Louis XVI*. Apéndice página 23 hasta 29.

de la opinion nacional, de la dignidad del trono, del interés del Estado, declaró en peligro la tranquilidad de Europa si el rey no adoptaba un lenguaje que cuanto mas enérgico fuera, mejor serviria para evitar la guerra. El ministro de la guerra Segur aconsejó por su parte poner inmediatamente á punto de marcha 60,000 hombres, y pedir al rey de Prusia, cuya cooperacion fué admitida por todos como indispensable, que concentrara igual número de fuerzas. A consecuencia de este acuerdo redactó Vergennes un manifiesto muy enérgico que llevaba la fecha de 20 de noviembre y declaraba que el rey de ninguna manera podia mirar con indiferencia la suerte de los Países Bajos, tanto menos cuanto que estaba á punto de hacer con ellos un tratado de alianza, y que hasta se veria obligado á concentrar tropas en aquella frontera, si no se ponía término amistoso al conflicto, para cuyo objeto al mismo tiempo ofrecia su mediacion.

Algo parecido habia esperado el emperador José II, pero de ningun modo en el sentido en que la Francia habia tomado el asunto. Ya sabemos que no queria guerra ni le importaba nada que se abriera ó no el Escalda al comercio belga, pues deseaba deshacerse de este territorio en cambio de la Baviera; á lo que aspiraba era á poner en una situacion angustiosa á su pacífico cuñado el rey de Francia, á fin de que para evitar la guerra con que le amenazaba, admitiera el proyecto del trueque de la Baviera por la Flandes, proyecto que tenia dispuesto para cuando le viera bastante acongojado. Mas le habria gustado que la Francia, en su angustia, hubiese propuesto por sí misma este plan para evitar la guerra, y en este sentido habia escrito en 7 de noviembre á Kaunitz: «No me ha parecido conveniente proponer directamente al rey de Francia el proyecto del trueque de la Flandes por la Baviera, porque habria parecido que yo daba mucha importancia á este proyecto y que tenia vivos deseos de llevarlo á cabo; y esto hubiera podido inducir al gobierno francés á desbaratarlo persuadido de la gran importancia que para mí tiene. Segun mi opinion seria mucho mas agradable que la Francia me propusiera esta combinacion, como único medio de evitar la guerra. Es evidente que si el rey de Francia nos propusiera el trueque de la Flandes por la Baviera, y al propio tiempo se encargara de su negociacion con el duque de Dos Puentes, su hermano y el príncipe elector del Palatinado para obtener el consentimiento de este último, daríamos un gran golpe de Estado; pero si este pensamiento ahora no tiene eco en Versalles, tendremos que decidimos á renunciar para siempre á él. ¿No seria tambien posible inducir á los mismos holandeses, á que para salir de su compromiso y librarles para siempre de mi vecindad, se encargaran de una parte de la deuda bávara, con lo cual tendríamos mas propicios para el cambio al príncipe elector y al duque de Dos Puentes?»

Esta carta nos da la clave para comprender el procedimiento de otro modo incomprensible del emperador. Ciertamente el que no conozca ni esta carta ni las discusiones que hubo en el consejo de ministros de Versalles, no acertará á explicarse el enigma de querer el emperador á un mismo tiempo dos cosas tan contrarias como eran deshacerse de la Flandes y hacer la guerra á la Holanda y á Francia para conseguir la libertad de navegacion del Escalda. No era capaz José II de una contradiccion tan grande, bien que esta misma carta que da á conocer sus intenciones verdaderas prueba cuánto se engañaba al creer que podria echar tan fácilmente sobre los hombros de la Francia la realizacion de un asunto, ya en sí tan difícil, y además tan mal principiado. Se ve, pues, que se habia aprovechado muy poco de la enseñanza del año 1778.

Hombres mas perspicaces que Luis XVI y sus ministros

difícilmente habrían podido acertar lo que meditaba José II, no teniendo más datos que los que veían, porque hasta á su hermana escribió ocultándole sus verdaderos motivos en 19 de noviembre, y de consiguiente antes que le obligara á hablar claro la declaración ó manifiesto del 20 de noviembre redactado por Vergennes. Véase lo que escribió á su hermana María Antonieta: «Como prueba convincente de que no pienso en engrandecimientos en Flandes, te confiaré que al acordarme hace algun tiempo de las frecuentes indicaciones del príncipe elector de estar dispuesto á prestar su cooperación al antiguo proyecto de trueque de esta provincia por la Baviera, consideré conveniente preguntarle si todavía continuaba en la misma disposición de ánimo; y habiéndome contestado afirmativamente, le he hecho indicar las bases sobre las cuales se podría y debería en mi opinión fundar un arreglo equitativo. Admitidas estas bases en principio, estaba yo cabalmente á punto de comunicarlas al rey y al duque de Dos Puentes cuando se ha puesto por medio la disension con los holandeses, y me ha obligado á aplazar toda negociacion con el príncipe elector.» Encargóse de completar esta carta, muy defectuosa en su primera parte y enteramente falsa en su segunda, su embajador el conde de Mercy en Versalles, el cual recibió las instrucciones necesarias al efecto. La reina habló con su esposo y con Vergennes y contestó en 2 de diciembre á su hermano que se había convenido en el consejo de ministros declarar al conde de Mercy que el proyecto del trueque no encontraría ningun obstáculo de parte de la Francia; pero que era necesario que el emperador se encargara de vencer las dificultades que este proyecto encontraría de parte de los soberanos del imperio y del rey de Prusia.

Esta contestacion no respondía á la esperanza del emperador José de que la Francia se encargaría de la mediacion sobre la base indicada; pero algo era ya el no oponerse al proyecto. En efecto, este había impresionado vivamente al conde de Vergennes como medio para asegurar la paz; tanto que hasta discutió las razones que militaban en pro y en contra en una memoria que lleva la fecha del 19 de diciembre. No se le ocultaba la importancia de la agregacion de la Baviera al Austria, con la cual desaparecía un baluarte de la Francia contra el imperio y se levantaba en favor de este un baluarte contra la Francia. También comprendía que con esta adquisicion tanto tiempo anhelada sería el Austria no solamente la gran potencia del Mediodía de Alemania, sino también la potencia preponderante en Italia; pero por otra parte no se disimuló tampoco que el Austria dueño de Flandes era un vecino muy incómodo para la Francia, y que el proyecto del trueque tenía en su abono el mérito de desembarazarse de semejante vecino; porque se decía: «El duque de Baviera, cualesquiera que sean sus sentimientos personales, será siempre un amigo inseguro de la Francia; el terror le ha de tener precisamente sujeto á la voluntad de la corte de Viena, á pesar de todas las obligaciones que puedan ligarle á Francia; mientras que este mismo príncipe, como soberano de Flandes, se hallaría completamente sujeto á la Francia, de la cual ningun temor le separaría, y nosotros dispondríamos completamente de su poder. Además desde el momento en que la Flandes no pertenezca ya á ninguna gran potencia, podremos disminuir también las fuerzas que ahora tenemos concentradas en aquellas fronteras, y no es probable que tuviéramos ya que temer diversiones por aquel lado. Si con el tiempo se deshiciera nuestra alianza con la Holanda, tendríamos siempre abierto el camino hasta el corazón de los Países Bajos, lo cual sería para los holandeses un motivo para continuar siempre siendo nuestros aliados. Por otro lado, al ver que

la Francia favorecía el cambio de que se trata se convenían de que la corte de Versalles renuncia irrevocablemente al proyecto que tantas veces se le ha atribuido, de conquistar los Países Bajos, y esta conviccion robustecería nuestra alianza. Los ingleses pensarían probablemente como los holandeses, y esta sería una nueva prenda de seguridad.» Razonando así, llegó Vergennes á la conclusion de que el trueque de la Bélgica por la Baviera no solamente no sería perjudicial, sino que sería útil para la Francia, bien que solo en ciertas condiciones que no debían olvidarse por los grandes peligros que de otro modo pudieran suscitarse para la Francia y para toda la Europa, por cuya razon era preciso tratarlas por separado.

La proposicion presentada por el conde de Vergennes, y más todavía la aceptacion que encontró en el consejo de ministros, demuestran la distancia que separaba la política del gobierno francés de entonces del rumbo que le había dado Luis XIV y que le dió después otra vez Napoleon I. En todas estas discusiones y documentos no hubo una palabra de fronteras naturales, ni intencion ninguna de incorporar á la Francia ni territorios alemanes ni belgas con el pretexto de la pretendida frontera natural del lado de la Alemania. La Francia del tiempo del conde de Vergennes solo quería conservar lo que tenía, y no quería verse amenazada por el derecho del más fuerte que no respeta los tratados. La única preferencia á que se inclinaba el ministro como sacrificio á las circunstancias, era ver el precioso país limítrofe en manos de un pequeño soberano dependiente de la Francia antes que en poder de una gran potencia belicosa, siempre envidiosa é insaciable. Esta consideracion no encontró sin embargo eco en los demás ministros, cuyos seis dictámenes, presentados en 6 de enero de 1785, desecharon con admirable unanimidad todo el plan de cambio de territorios, porque haría irrevocable la preponderancia del emperador en Alemania é Italia dejando muy comprometida la posición política y la importancia de la Francia, no menos que de la Prusia. Toda la Alemania meridional al Sur del Mein y al Este del Rin sería provincia austriaca; la Suiza con los cantones primitivos, tan amigos de la Francia, quedaría enclavada en los territorios austriacos; el Austria sería dueño de todos los pasos y desfiladeros de los Alpes que conducen á la Lombardia, y entonces perdería la Francia para siempre su influencia tradicional en Italia y Alemania.

En todos los pareceres fechados en 2 de enero y recibidos el 6, se hablaba de la Prusia con un afecto y calor como si todo cuanto la Francia había hecho contra esta monarquía no hubiese sido más que la pesadilla de una mala noche. El ministerio de Versalles se había vuelto como en el tiempo primero del abate Bernis *enteramente prusófilo*, y esta vez con inclusion del rey, tan decidido en este punto que ni las lágrimas y ruegos de su esposa tuvieron fuerza sobre él. Para rechazar el plan del gabinete de Viena de un modo cortés, se resolvió en el consejo contestar con la reserva que ya conocemos; es decir, que no podía tomarse resolucion alguna antes de haber consultado al rey de Prusia, y en este sentido escribió Luis XVI al emperador. En esta carta, fechada en 6 de enero de 1785, ocurrió el caso singular de que un rey de Francia echase en cara á un emperador de Alemania, que su conducta no tenía más objeto que la ruina del imperio germánico; que la traslacion de la casa palatina del centro de la Alemania al extremo del imperio destruiría el equilibrio que había sido el objeto más esencial de la paz de Westfalia y que hasta entonces había sido una de las columnas maestras del edificio germánico. Si esta leccion era ya en sí muy sensible, más lo era el consejo repetido de entenderse con el rey de Prusia, y hasta parecía pura bafa cuando

sobre esto le dijo literalmente en su carta: «A V. M. toca decidir si prefiere tratar directamente con este soberano, ó si le parece mejor que yo dé los primeros pasos. En este último caso le suplico que me indique los medios que juzgue más propios para asegurar su cooperacion amistosa. Hasta entonces observaré el más riguroso silencio sobre este punto respecto del rey de Prusia, y hasta me parece conveniente no dar por ahora ningun paso cerca del duque de Dos Puentes y de su hermano.» Hay que confesar que el rey Luis XVI tan bonachon no podía ser más mordaz al proponer á su cuñado que solicitara la cooperacion de la Prusia para una nueva tentativa en favor del plan que esta potencia acababa de rechazar por segunda vez de una manera tan amenazadora.

Cuando José II hubo leído esta carta, escribió en 13 de enero al príncipe de Kaunitz: «El trueque fracasó» y tuvo razon; pero lo curioso fué que en aquellos mismos dias de enero se escribió desde Viena á todos los periódicos que la gran obra del trueque era cosa hecha.

Lo que había previsto el rey de Francia se realizó, porque el duque Carlos de Dos Puentes, instado por el embajador ruso Romanzoff á aceptar en el plazo de una semana el trueque diciéndole que de otro modo se efectuaría sin su consentimiento, rechazó indignado semejante proposicion, y al mismo tiempo la comunicó al rey de Prusia solicitando su auxilio. Con esto hubo bastante para frustrar toda la empresa; y en 22 de enero escribió José II á la emperatriz Catalina que las contestaciones de Versalles y del de Dos Puentes hacían imposible la realizacion del plan.

Mientras Federico el Grande estaba ocupado en organizar la liga de los soberanos alemanes contra el emperador para proteger al imperio, el gobierno francés se esforzó en hacer un arreglo pacífico y equitativo entre el emperador José y los Estados Generales de Holanda. El emperador ya había renunciado á la libertad de navegacion en el Escalda; y el gobierno holandés envió por su parte dos embajadores á Viena para declarar que su país jamás había tenido intencion de insultar la bandera del emperador, al cual personalmente profesaba el mayor respeto, y que nada deseaba más que restablecer cuanto antes las buenas relaciones que desde tanto tiempo habían existido entre las Provincias Unidas y la casa de Austria. Los dos enviados holandeses, Wassenaer y Leyden, llegaron á Viena en el mes de junio de 1785, y con la mediacion de la Francia empezaron las negociaciones de paz. La dificultad principal versaba sobre la plaza fuerte de Maastricht. El emperador se mostró dispuesto á renunciar á ella á cambio de 10 millones de florines; y como los holandeses no quisieron dar más que 5 millones y medio, ofreció el gobierno francés generosamente pagar los 4 millones y medio restantes de su propio tesoro. Con esto pudieron firmarse en 20 de setiembre de 1785 en casa del embajador austriaco, conde de Mercy, en París los preliminares de la paz, y en 9 de noviembre la paz definitiva en Fontainebleau.

En esta paz no ganó en el fondo nada la Bélgica, porque el Escalda continuó como antes, pero obtuvo algunas ventajas que facilitaron la prosperidad del país, y por las cuales, aunque secundarias, quedaron agradecidos á esta paz y lo están todavía hoy los patriotas belgas. Esta paz abolió los tratados humillantes referentes á las barreras, y reconoció al país el derecho de fijar aranceles y leyes de comercio para su industria; se le restituyeron las fronteras de 1664; se le dieron garantías serias para las desembocaduras de sus ríos; entre Amberes y Saftingen quedaron libres la navegacion y el comercio en el Escalda; la Holanda se comprometió á arrasar los fuertes de Kruyschants y de Federico-Enrique;

los fuertes de Lillo y Liefkenshoek fueron entregados y agregados á la Bélgica, y finalmente, recibió el emperador los diez millones de florines de indemnizacion.

Con esto logró José II alguna ventaja como soberano de Bélgica; pero como soberano de Austria, y mucho más como emperador de Alemania, perdió muchísimo, moralmente por la renuncia forzosa de sus planes sobre la Baviera y más por la formacion de la liga de los miembros del imperio, laicos y eclesiásticos, católicos y protestantes; obra indirecta del mismo emperador, porque sin su ciega impremeditacion jamás la habrían logrado ni la diplomacia artera del rey de Prusia, ni el valor esforzado de sus granaderos.

VIII.—ÚLTIMO PERÍODO DE LA VIDA Y TESTAMENTO POLÍTICO DE FEDERICO EL GRANDE

Federico el Grande señaló el último período de su vida con dos actos notables de política extranjera.

El primero fué la alianza de los soberanos de Alemania y el otro el tratado de amistad y de comercio con los Estados Unidos de América.

En 24 de octubre de 1784 envió Federico el Grande á los ministros Finckenstein y Hertzberg el *proyecto de una alianza entre los soberanos alemanes á imitacion de la liga de Smalcalde*, escrito de su propio puño con orden de que le diesen su parecer. Este proyecto escrito en francés dice traducido así: «El objeto de esta liga no tiene nada de ofensivo; solamente consiste en la conservacion de los derechos y fueros de los príncipes alemanes sin diferencia de religion, y como es natural trata únicamente de los derechos y privilegios consagrados por el antiguo uso y por la Bula de oro. Es ocioso que recuerde la antigua fábula que enseña que se puede arrancar á un caballo todas las cerdas de la cola una á una, pero no asiéndolas y tirando de todas á la vez. Una liga como la que propongo no pretende sino garantir á cada soberano la posesion de sus derechos, é impedir que un emperador ambicioso y arrojado derribe la constitucion política de la Alemania, destruyéndola pieza á pieza. Si no se toman á tiempo precauciones, el emperador dará á todos sus primos de Florencia y de Módena los obispos, arzobispos y abadías de Alemania; después los secularizará, y con los votos de estos sobrinos tendrá siempre la mayoría en todos los parlamentos del imperio. Este es el peligro contra el cual debe proteger la constitucion al brazo eclesiástico para conservar su derecho. Respecto de los soberanos laicos, católicos y protestantes, tienen el mismo interés en conservar los territorios que poseen. Esta liga limita ó impide todas las pretensiones que el emperador podría hacer valer sobre los territorios de los príncipes alemanes, como hemos visto recientemente en su proyecto sobre la Baviera. No menos importante es la posicion de la dieta en Regensburg y la del tribunal del imperio en Wetzlar. Si no se adoptan á tiempo medidas eficaces para conservar á estas instituciones antiguas su autoridad, se servirá de ellas el emperador para establecer un despotismo tiránico en toda la Alemania. Estos son, á grandes rasgos, los puntos principales que deben determinar á todos los soberanos á entrar en esta liga, porque todos tienen los mismos intereses, y porque si dejan anular á algunos de sus compañeros, les tocará de seguro el turno y les quedará á lo más aquel beneficio de la caverna de Polifemo, á saber: el de ser los últimos que mueran devorados. Así es que la ventaja de esta liga consiste en que siempre que el emperador quiera abusar de su poder se le oponga por un movimiento unánime todo el cuerpo germánico y le obligue á contenerse en límites más equitativos, ó si se obstina en el abuso encuentre un poder bastante fuerte